

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LVIII

MADRID 9 DE AGOSTO DE 1901

NUM. 32



VALIENTE DILIGENCIA

VALIENTE DILIGENCIA

Los tres «caballos», al parecer muy satisfechos arrastran el «coche», pero quien sobre todo está que no cabe en sí de ufano es el «postillón».

¡Con un tito tan bonito y un vehículo tan envidiable están de sobras las diligencias, los ferrocarriles y los automóviles!



EL GATO NEGRO

Siempre había oído decir yo, Sebastián Gill, que un gato negro trae la buena suerte, puse empeño en tener uno.

Pero como el que tiene un gato negro no quiere venderlo, la adquisición era muy difícil.

Lo anuncié en los periódicos. «La persona que desee vender un gato negro, puede dirigirse a don Fulano de Tal, calle Tal, número tantos, que le pagará bien.»

¡Nadal no acudió nadie; y por aquel entonces mis negocios iban muy mal, y necesitaba mejorar mi fortuna.

Un día, al cruzar Madrid de un lado a otro para resolver muchos negocios urgentes, vi un gato de piel negra y brillante sentado a la puerta de una carbonería.

¿Qué me cuesta preguntar si quieren vendérmelo? me dije; y dirigiéndome al carbonero que con su cara tiznada parecía un rey moro, le pregunté:

—¿Quiere usted venderme el gato?

Sin vacilar respondió:

—No hay inconveniente.

—¿Cuánto quiere usted por él?

—Cuatro duros.

—Como éstos.

Le dí los cuatro duros, el gato fué encerrado en un saco y llevado a mi casa.

Gran alegría en la familia. La suerte se nos entraba por las puertas. Todo iba a cambiar, según aseguraba la cocinera que era medio gitana.

Sin embargo, aque la noche se le pegó el arroz, y al bajar a buscar los postres rodó por las escaleras y se rompió un brazo.

—Mala entrada ha tenido el gato—dijimos.

Y la cocinera observó:

—Todavía no está hecho a la casa es menester que lleve dos o tres días.

—¡Ah! bueno.

Al día siguiente vino a vernos un pariente lejano, y estando de visita le dió un patatús y se quedó muerto encima del brasero. Mientras acudíamos a él, se metió un desconocido en la antesala y me robó la capa.

Pasamos todo aquel día ocupadísimos en declarar, vestir al muerto, buscar manera de enterrarle...; toda la semana aquella fué muy molesta, muy molesta. Y apenas habíamos descansado de las emociones sufridas, la criada cayó en cama con las viruelas. Hubo que sacarla en una camilla y llevarla al hospital y pagarle la asistencia... ¡Una delicia!

En esto, un sobrinito mío se bebió por equivocación un frasco de cloral que habían traído para que yo durmiera, y a poco se muere. Estuvo durmiendo el angelito siete días con siete noches, y cuando se despertó se comió los garbanzos de toda la semana.

Poco días después recibí un telegrama

de mi tierra anunciándome que una viña que tenía en pleito había pasado a manos de mi adversario. Y mi primo Pepe, que vivía conmigo, limpiando su revólver se le escapó un tiro, y la bala le atravesó el ojo derecho.

—¿Sabe usted—me dijo un amigo— que el gato negro le ha dado a usted un gran resultado?

—¡El gato!

Con tantas desdichas lo habíamos olvidado. Y allí estaba en la cocina, sentado al sol y mirándonos con la mayor indiferencia.

—Llévese usted ese gato enseguida, le dije a la cocinera.

—Calle usted por Dios—exclamó Anselma dando un suspiro—¿no sabe usted lo que pasa?

—¿Qué?

—Que no es gato. ¡Es gatal!

Me quedé con la boca abierta.

—El señor sin duda no se fijó al comprarlo.

—No, ni el vendedor me dijo nada.

—Pues ahí tiene usted. Los gatos negros traen la buena suerte, pero las gatas negras traen mala pata.

—¿Sí, eh? Cogí al gato, lo arrojé al jardín, le ví desaparecer por detrás de la tapia... y en aquel momento oí gritar:

—¡La lista grande: ¡El gordol! ¡El gordol!—repetía todo el mundo en mi casa.

Y al oír estas palabras eché a correr escalera arriba para esconderme en las guardillas... ¡El gordol! ¡El gordool! ¡A cualquier hora espero yo a semejante personaje! ¿Saben ustedes quién es el gordol en mi casa? ¡El caseroll!

Así decían las memorias de mi amigo Sebastián, pobre, cesante y supersticioso.

E. BLASCO.

LA LUCIERNAGA Y EL CRISTAL

A la niña Luisita Arndiz.

Mira, a decir verdad, no me acuerdo exactamente del año ni del lugar en donde ocurrió el caso que voy a referirte.

El «sol picaba» mucho, inundando francamente los campos, ya segados, y filtrando algún que otro brillante rayo por el ramaje espeso, hasta llegar a la hierbecilla menuda y fresca que, como inmenso paño de una mesa de billar, cubría el suelo de la alameda, pinar o lo que fuese.

Allí, no se sabe cómo, cerca de una esbeltísima y florida mata de árnica, yacía olvidado un miserable pedazo de vidrio.

Y quiso la Providencia que un rayo de sol le acariciase, y el cristal, como por obra de encantamiento, se convirtió, a la vista, en el más hermoso brillante.

No de otra suerte la humildad, la obediencia y el santo temor de Dios pulen y abrillantan cada día las almas de los niños buenos asemejándolos al ángel.

El pobre vidrio, como acontece siempre a la persona de verdadero mérito, no se da cuenta del suyo.

Pero la mata de árnica, deslumbrada con los fulgores que despedía el humilde cristal, se inclinó respetuosamente como si quisiera servirle de dosel con sus florecitas de oro.

Un ejército de hormigas que cruzaba la alameda, se detenía de cuando en cuando ante aquella luz maravillosa, después de

dejar en el suelo, para descansar, los granitos de cebada que acarreaban.

Las industriosas abejas revoloteaban en torno del pobre vidrio como mariposillas alrededor de una lámpara encendida.

En fin, los gorriones, saltando de rama en rama, aquella siesta no hablaron de otra cosa.

—¿Has visto, Joaquinita?—dijo uno de ellos a su esposa, mientras le rascaba con el pico en la coronilla.—¡Cosa más extraña!—Ni la luciérnaga, nuestra vecina del cuarto bajo, despide más vivos fulgores, y eso que ahora es de día. Voy a coger esa alhaja para hacerte un alfiler de pecho.

Pero se divisó a lo lejos el enemigo común, el hombre, y el galante gorrión no pudo cumplir su promesa... y escapó con su mujer.

Entretanto, del tronco carcomido de un cardo silvestre, más seco que la yesca, salió, arrastrándose torpemente, un gusanillo peludo, entre oruga y escarabajo, que comenzó a dar vueltas en torno del vidrio.

—¡Estúpido!...—decía sacudiendo con rabia sus patitas negras contra las alas.—¡Brillar más que yo ese vidrio ordinario! El necesita que el sol le preste su luz... yo brillo por mí misma sin que nadie me encienda la mecha. ¡Y todos le alaban, y en mí, que fui en un tiempo objeto de adoración, en mí, que inspiré célebres poemas, que valgo en la tierra tanto como las estrellas en el cielo, nadie se ocupa! Pues yo he de poder poco o amortiguo al menos sus provocativos fulgores.

Y el vichejo aquel fué acercándose poco a poco y escarbando en el suelo las patitas, como hacen las gallinas, vuelto de

espaldas al cristal, le echaba polvo y más polvo para empañar su brillo.

¡Qué si quieres! El vidrio alumbraba cada vez más.

(Concluirá)



UN PORTERO EXACTO

Una señora dió orden un día a su portero que dijera a todos los que fueran a verla, que no estaba en casa.

Por la noche, al relatarle el portero los nombres de las personas que habían estado, pronunció el de la hermana de la señora, y entonces le dijo ésta:

—¡Hombre! ya te he dicho que para mi hermana siempre estoy en casa; debiste haberla dejado entrar.

Al día siguiente sale la señora a hacer unas visitas y poco después llega la hermana.

—¿Está tu señora?—le pregunta al portero.

—Sí señora,—contesta éste.

Sube la señora y busca en balde por todas partes a su hermana. Vuelve a bajar y le dice al portero:

—Mi hermana debe haber salido porque no la he hallado.

—Sí, señora, ha salido, pero me dijo anoche que para usted siempre esta en casa.

PRECIOS DE SUSCRIPCION: *Por un año en España y Repúblicas Americanas, 3,00; en todos los demás países extranjeros 4,50.*—Librería Naclo-Extranjera, Caballero de Gracia, 60, Madrid.
